



PASILLO

DEL TIO CAMACHO Y EL TIO MATEO.

SALEN HACIENDOSE EL BORRACHO.

Mateo. A dónde, tío Camacho, con qué causa ó qué intento dejándonos la taberna sin tomar otro refresco, que una azumbre cada uno cuando nada es un pellejo; me ha hecho que le siga tan pensativo y suspenso, que en su semblante denota algún acaso funesto? qué tiene V.? qué le angustia?

yo extraño tanto silencio sabiendo que soy su amigo el fino y el verdadero; y pues estamos en sitio que hablar seguros podemos, usted sin pasar de aquí me habla claro y sin rodeos, que un dolor comunicado podrá ser... ¿pero qué veó? un hombre con esas barbas se me pone á hacer pucheros?



(89 . mmm)
qué ha sucedido? qué hay?

Cam. Amigo, murió mi abuelo.

Mat. Qué dice V., tío Camacho?

Cam. Lo que oye, V. tío Mateo.

Mat. Dios en su gloria lo tenga,
que era un valiente sugeto,
qué espaldas que tenía!
qué lomos y qué molleros!

Cam. Pues que V. lo conocia?

Mat. Ay, es nada: bueno es esto,
dos veces lo ví emplumado;
y azotado, mas de ciento.

Cam. Dice V. bien, es verdad,
fue hombre de aquellos tiempos,
salió por calles y plazas
con mucho acompañamiento:
el Africa vió seis veces

y otras seis estuvo preso:
¡qué escalamientos que hizo!

¡cómo se tragó el tormento
en las dos veces ó tres

que en el potro le pusieron!
¡con qué donaire, qué brio,

qué arrogancia y qué despecho
estuvo al pie de la horca

viendo á otros dos compañeros
que pernearon en ella!

(oficiales de mi abuelo)
verdad que lo vieron todos

que allí se iba riendo.

Mat. Yo lo ví por estos ojos,
y en los últimos doscientos,

cada vez que le cascaban
demostraba tal contento,

que pasmó en el Zacatin
á infinitos que le vieron.

Cam. Para él era un fandango
el salir á estos paseos;

otros lloran, moquetean,

diciendo mal del verdugo
y tambien del pregonero,

pero el tío, en estos lances
caminaba siempre tieso,

y no he visto quien lo imite,
era aquello mucho cuento;

¿y de el arte liberal?

fué un grandísimo maestro:
pues ¿en esto de deber?

¡qué diremos! ¡qué diremos!

¿no llevaba de ordinario

un lobazo como un templo?

Mat. Empinaba grandemente
y yo, era testigo de ello.

Cam. Ay, amigo ¿dónde habrá
otro tal como mi abuelo?

Mat. Consuélese V., querido,
si ya no tiene remedio.

Cam. Con la muerte de ese hombre
no puedo yo hallar consuelo,

el corazon se me parte

cada vez que considero

aquellas venditas manos

que parecian un viento,

para limpiar faldriqueras

y robar un pollinejo!

no se libertó ninguno

de sus cinco mandamientos;

y en pillando uno debajo

volaverum, volaverum.

Mat. De esas cosas es preciso
que allá tenga el justo premio,

y creo lo habrá encontrado;

y ¿se ha hecho ya el entierro?

Cam. No señor, pero se hará
esta noche de secreto

entre las doce y la una.

Mat. A esas horas los templos
suelen estar ya cerrados.

Cam. Allá arriba en la Joyanca
junto al Albercon del Negro
(callaré que está en adovo)
con un burro que se ha muerto.

Mat. Si V. quiere que concorra?

Cam. Lo agradezco, tío Mateo;
porque están ya convidados,
el Chulo, el Siete-Pelos,
Uñas-Largas, el Zurdillo,
el Tiñoso y Esmodeo.
con los cuales hay bastantes
para salir de este aprieto.

Mat. Pues ¿no fueron á Melilla?

Cam. Si señor, y se volvieron,
y han estado por allá
tan gustosos y contentos,
pero sin Granaa no se jallan
y se volvieron muy presto;
los gitanos siempre tienen
el espíritu andariego.

Mat. Yo tambien veria mundo
á no ser un pobre viejo;
¿y han quedado algunos bienes
por la muerte del abuelo?

Cam. Todo ello monta un pito,
oiga V. su testamento,
que lo traigo aqui apuntao
como lo dejó dispuesto.

Saca un papel y lee.

Digo yo Colás Camacho,
natural que soy del Puerto,
hijo de Camacho Tum
y de Martina Filgueiro,
bautizado no sé dónde,
y viudo no estoy cierto,
porque ha dias no parece
mi mujer, Paula Conejo:

que estando como yo estoy
desde los pies al pescuezo
lleno de pupas y llagas
y proximo á un cementerio,
á una callada ó barranco
donde me coman los perros,
quiero disponer mis cosas
y ordenar el testamento.
Primeramente declaro
con todo mi cabal seso,
que ha ya cerca de un mes
no he robado de provecho,
porque mis males y achaques
lugar no me ha dado á ello,
y solamente he quitado
un capoton, un sombrero,
un manton, unas enaguas,
un látigo á un cochero,
las cortinas de un balcon,
dos alcuzas y un caldero;
á una vieja la mantilla,
una sierra á un carpintero,
á un cazador la escopeta,
la manta y demas arreos
con que salió á cazar
en el rigor de este invierno;
quince pares de zapatos,
cuatro velas á un entierro,
un rabel á un musiquin,
un requinto á un guitarrero,
una burra con su cria,
un cochino de año y medio,
una bolsa con cien reales,
una cabra y un carnero;
los manteles á un altar,
dos bacías á un barbero,
el manteo á un sacristan,
á un sastre un pantalon,
las aldabas á una puerta,



los cerrojos de un convento,
un baston á un alguacil,
á un francés que era muy rico
le robé todo el caudal,
y lo mandé á los infiernos,
para mas seguridad;
por último, entre dos luces
robé en San Antonio el viejo
las rendijas de las cruces
que ya se estaban cayendo...

Mat. Eso no merece el nombre.

Cam. Yo me corro de leerlo,
vea V. qué bagatelas
para aquel que estaba hecho
á salir á los caminos
y robar los pasajeros...!
mas, sigamos el relato,
si me deja el sentimiento.

Sigue leyendo.

Todos estos embelecocos
que en mi cueva estan guardados,
y no es justo devolverlos,
pues ninguno lo que ha hurta
lo devuelve, en estos tiempos,

se los dejo á Camachicos,
mi mas estimado nieto, (*llora.*)
á quien siempre he cuidado
y es mi lejítimo heredero...

Deja de leer.

Ya no puedo leer mas,
porque la pena que tengo
no me deja respirar
de acordarme de mi abuelo.

Mat. Pues amigo, á la taberna.

Cam. Ella es todo mi consuelo.

Mat. Sin el vino yo no vivo.

Cam. Sin el vino yo me muero.

Mat. Dos azumbres no me bastan
para sosegar el pecho.

Cam. Cuatro pienso yo beberme
en el nombre de mi abuelo.

Mat. Pues vamos, este sufragio
por su alma aplicaremos.

Cam. Yo le aplicaré bastantes,
que lo quise con estremo.

Los dos Vámonos, pero primero,
pigamos á los presentes
el perdon de nuestros yerros.

FIN.



Madrid: 1849.

Imprenta de D. José Maria Marés, Calle de Relatores, núm. 17.